

Capítulo 31 - - Llegada a la Clase Desnuda - Guía Práctica de Hechicería [Libros 1- 4, Reanudación 3 de julio]

- Capítulo 31 - - Llegada a la Clase Desnuda - Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4, Reanudación 3 de julio]

Capítulo 31 - - Llegada a la Clase Desnuda - Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4, Reanudación 3 de julio]

Siobhan

28 de noviembre, sábado, 4:55 a.m.

Los hechizos iluminaban la noche, una andanada de fuerzas y efectos mágicos intercambiados entre los refuerzos de los Ciervos Verdeantes y los Morrows frente al almacén parcialmente destruido.

“¡Ellos se encargarán de esto!” gritó Dryden en su oído, aferrándose a su hombro. “¡Necesitamos entrar en el edificio!”

Asintiendo con la cabeza, ella se giró en busca de una forma de bajar. Volver por el mismo camino tomaría mucho tiempo. Tampoco podían saltar desde el techo, a menos que quisieran romperse un hueso.

“¡Tengo una poción de caída de pluma!” gritó Dryden, señalando la escalera rota que conducía al interior del edificio.

Ella comprendió su plan de inmediato. “¿Solo una?” Cuando él asintió, guardó su linterna y el Conducto en un bolsillo y le tendió la mano con expectativa. “Podemos compartirla.”

Dryden no vaciló. Ambos bebieron un sorbo del pequeño vial que él sacó de su bolsillo, y luego se dirigieron hacia la escalinata.

Pensando en pociones, Siobhan se dio cuenta de que quizás tenía unas cuantas útiles de su propio arsenal. Sacó la poción de brillo lunar de su bolso, agitándola rápidamente y sosteniéndola sobre su cabeza para iluminar el descenso por la escalera. Tuvieron que saltar varias veces sobre

secciones de peldaños rotos, pero la mitad de la dosis de caída de pluma fue suficiente para mitigar parcialmente la gravedad y permitirles descender con seguridad.

Cuando llegaron al suelo, Dryden los guió a través del caos de muebles y restos de carcasas de ratas dispersos por el suelo. Abrieron la puerta principal desde el interior, y Dryden asomó la cabeza. La volvió a llenar de oscuridad al retirarse, y se volvió hacia ella, los orificios en su máscara sangraban sombra. “Los Morrows están huyendo.”

“Eso es bueno. Ahora solo necesitamos ayuda para los heridos,” dijo mientras hojeaba el Conducto en su bolsillo, reconfortada por su peso y tactile familiar. “Pero seguramente las puertas del almacén están cerradas con llave, ¿verdad?”

“Supongo que sí.”

“Entonces, entraremos por las ventanas. El cristal ya está roto. Tú primero. No quiero que una piedra voladora me golpee en la cabeza. ¿Reconocerán la máscara, correct?” Ella hizo un gesto vago hacia su rostro.

Él soltó una risita breve y aguda, como si estuviera sorprendido. “Sí.”

Ella asintió, luego agitó su mano con impaciencia. “Vamos, apresúrate. ¡No tenemos tiempo que perder!”

Con un último vistazo a la puerta, corrió cruzando la calle.

Ella la siguió, su capa ondeando y halándola con la fuerza del viento. Metió la mano aún adherida al cristal de la ventana junto a su cuerpo, debajo de su capa, para evitar que se enganchara o rompiera accidentalmente contra algo. La mezcla de miel y jugo de adhel era un adhesivo demasiado fuerte para remover el cristal con facilidad, y no había tiempo para trabajar una mezcla de aceite hasta que se soltara poco a poco de su palma.

En cuanto Dryden comenzó a trepar por una ventana rota en el callejón lateral, dos trabajadores salieron apresuradamente de detrás de su barrera improvisada para ayudarlo a atravesar.

Por supuesto, en cuanto vieron la máscara, retrocedieron.

“Está bien,” les aseguró Dryden. “Estamos aquí para ayudar, lo prometo.”

Ella los siguió, aunque ninguno de los trabajadores la ayudó, a pesar de que su mano izquierda seguía sin funcionar.

¿Herido? ¿Alguien se ha lastimado? preguntó Dryden, mirando rápidamente a su alrededor.

—Jameson, señor—, dijo uno de los hombres que había avanzado para ayudarlo a atravesar la ventana, lanzando miradas discretas a la máscara de Dryden. Era un hombre de gran tamaño, tanto que las costuras de su camisa se tensaban alrededor de los hombros.

Siobhan lo apodó mentalmente Mr. Hombros.

—Jameson estaba junto a la ventana cuando llegaron por primera vez. Lo alcanzaron con un cortador en la base del cuello—, indicó Mr. Hombros, señalando tras el obstáculo, y Siobhan empezó a moverse.

Una mujer que asomó la cabeza desde la esquina gritó:—Elba se rompió el brazo, pero está bien. Pero Cooper... Cooper...—

Siobhan rodeó el obstáculo y vio a qué se referían.

Un hombre, pálido hasta el extremo de parecer azul, tenía a un amigo presionando sobre su cuello una camisa empapada en sangre.

—Ese sería Jameson—.

A unos pocos metros, otro hombre yacía debajo del extremo astillado de un enorme trozo de madera.

Su estómago se revuelve al sentir el aroma que pasa volando en el aire, llevado por el viento que sopla a través de las ventanas.

La viga de soporte había estado sosteniendo el techo. Recordaba el sonido que hizo al romperse, cómo gritaban las personas dentro cuando el techo colapsó hacia adentro.

Parece que el extremo puntiagudo perforó a Cooper antes de que el resto de la viga cayera sobre él.

Mr. Hombros asintió.—Cooper fue atrapado por la viga de soporte. Él...—

Siobhan avanzó hacia Jameson, intentando mantener la vista alejada del cadáver.

La sangre se acumulaba alrededor del cuerpo de Cooper, pero eso no era lo peor. Su abdomen había sido desgarrado por la viga, o tal vez estallado por el peso, y sus entrañas escapaban por la abertura.

Abrió su bolsa y se apresuró a sacar las pociones que llevaba dentro.—¿Jameson, verdad?—, preguntó, observando al hombre aún con vida frente a ella. Estaba pálido por la pérdida de sangre. “Este aún vive,” se obligó a decir mentalmente. “Depende de mí que permanezca así.”

El hombre que presionaba la camisa contra el cuello de Jameson asintió, casi tan pálido como él por el miedo.—Sí, eh... sí, señorita Hechicera. Le han alcanzado el cuello—. Tenía una gran hinchazón en la frente, de un moretón, y un brazo colgaba inerte, sostenido en sus piernas en un ángulo incómodo.

—¿Qué tan profundo?—preguntó ella, leyendo las etiquetas que había escrito en las botellas.—¿Por qué no tengo un coagulante?—, se lamentó.

—Más o menos, ¿esto?—, dijo Elba, levantando el dedo y el pulgar a unos centímetros de distancia.

[Siobhan maldijo en su interior, pero solo asintió con cortedad.] —¿Qué tan lejos está tu sanador?—

—El sanador Nidson está a unos quince minutos, quizás, si logramos llevarlo con mi caballo. Ella corre como el viento—, dijo Dryden.

Los demás compartieron una mirada, llena de esperanza y de inquietud al mismo tiempo.

Siobhan gimió, con los músculos tensos por la necesidad de actuar, de hacer algo, su mente saltando de idea en idea con una energía engañosamente ineficaz.—¡No estoy preparada para esto! Es peor que la pesadilla en la que llego a clase desnuda y sin haber estudiado para la prueba del Profesor Lacer.—

—¿Puedes salvarlo?— preguntó el otro hombre que había ayudado a Dryden a atravesar la ventana. Este no llevaba camisa, seguramente porque esa era la tela que presionaba contra el cuello de Jameson para evitar que muriera desangrado.

Se obligó a concentrar sus pensamientos, con un giro mental parecido a doblegar su Voluntad para trabajar magia en el mundo.—Quizás—, dijo, colocando un frasco de revivificador junto a Jameson, y sacando una tiza suave para escribir mejor en el suelo cubierto de suciedad y escombros.

“Debería proporcionarle un impulso de energía temporal y mantener sus órganos en funcionamiento,” afirmó ella. “La poción no está diseñada para situaciones como esta; su función es ofrecer un estímulo a los ancianos o a quienes se recuperan de una enfermedad grave. Sin embargo, he oído que también la usan los soldados en el campo de batalla como medida provisional en emergencias médicas, o cuando están demasiado agotados para seguir avanzando, y a pesar de ello no tienen otra opción más que continuar. Dudo que le cause daño, al menos. No creo que dure otros quince minutos, así que debo actuar ahora.”

Parpadeó, dibujando en el suelo el patrón de un hechizo sanador que reflejaba la carne. “Magia de sangre o no, no tengo otra opción mejor.” Había suficiente sangre de Jameson para ser sacrificio. Lo miró con atención, notando su rostro pálido, su mirada distante y su respiración entrecortada mientras luchaba por respirar. Ella logró tragar el revitalizador con ayuda, pero parecía que apenas había tenido efecto. “Necesita sangre.” En ese momento, incluso si lograba sellar su herida, probablemente moriría de todos modos.

Recordó a su abuelo contándole sobre las curaciones necrománticas realizadas en tiempos del Emperador de la Sangre y la habilidad de extraer sangre de un humano y transferírsela a otro, ya sea para mejorar temporalmente su rendimiento o para mantener vivo a un herido. Sin embargo, si los humores de la sangre eran incompatibles, mezclarlos podría acabar con la vida del receptor.

“Seco—” interrumpió, dándose cuenta de que no debía mencionar su nombre. En cambio, le hizo una señal impaciente.

Él se arrodilló junto a ella.

“Necesito sangre. Sangre de otra persona, para dársela a él. Si no lo hago, morirá antes de que podamos llevarlo a un sanador.” La duda era evidente, flotando en el aire como una guillotina suspendida sobre todos ellos.

“¿Magia de sangre?” susurró Elba, la que tenía el brazo roto.

Los trabajadores intercambiaron miradas y luego la mujer se arrodilló junto a Siobhan. “Yo actuaré como Sacrificio.”

El señor con los hombros encorvados negó con la cabeza. “¡No! Yo lo haré. Tienes una familia, Misha. Necesitan que estés viva.”

Siobhan resopló, frustrada. “Primero, solo tomaré uno o dos litros de sangre. No te matará. Segundo, necesito probar tu compatibilidad con Jameson, así que no depende exclusivamente de ti quién le ayudará. La sangre equivocada podría matarlo igual de seguro que si no hubiera ninguna.”

Misha miró a Jameson y luego a Siobhan. “¿Cómo sabrás?”

Siobhan frunció el ceño. Recordó vagamente a su abuelo hablando de los síntomas, pero no recordaba exactamente cómo el Imperio de la Sangre evitaba matar a sus sujetos. Sin embargo, los síntomas eran lo suficientemente memorables. Con suerte, no sería demasiado complicado. “Mejor mezclar la sangre. Una reacción pobre será evidente.” Se restregó la superficie del cristal que aún le quedaba en la mano izquierda, limpiándola de la esfera giratoria del hechizo. “Tomen un trozo de cristal de las ventanas, todos. Corte su dedo y coloquen una gota sobre el cristal aquí.”

Se miraron entre sí, dudando, y algunos se volvieron hacia Dryden en busca de garantía, aunque ella no entendía por qué un hombre con una máscara sin rasgos le parecía más tranquilizador que una joven con habilidades mágicas completamente normales. Quizá intuían que él era el líder de los Astados Verdosos.

“¡Ahora!” ordenó ella de golpe. “A menos que quieran dejar que Jameson muera.”

“Haz lo que ella dice,” ordenó Dryden.

“Elba murmuró con resistencia, “Es magia de sangre,”.

“¡Tu sangre se repondrá por sí misma! Solo una pequeña debilidad, que durará a lo sumo un mes, y salvarás su vida. ¿No es ese un intercambio justo?” dijo Siobhan, con la voz cada vez más elevada.

La mujer fue la primera en moverse, y las demás la siguieron tras ella.

Siobhan sumergió su dedo en la sangre de Jameson y salpicó gotas sobre el cristal de la ventana. Cuando las otras regresaron, les indicó que añadieran una gota de su propia sangre a la suya y que recordaran cuál era cuál. Mientras esperaba que ocurriera alguna reacción, se alejó unos pasos y con la otra mano dibujó un nuevo círculo en el suelo, completamente desde su propia imaginación. “Si tan solo hubiera estudiado con más detalle la anatomía humana,” lamentó, “¿cómo se supone

que debo hacer para que la sangre del donante llegue a Jameson?”

Alzó la mirada hacia el hombre pálido y jadeante. “Bueno, ya tiene una línea abierta hacia su torrente sanguíneo, aunque claramente solo rozó la arteria allí, o ya estaría muerto. Quizá pueda usar la abertura que tiene.”

Cuando el hechizo que esperaba usar para siphonar sangre del donante a Jameson estuvo completo, frunció el ceño al mirar el cristal adherido a su mano izquierda. Ninguna de las gotas mostraba alguna reacción notable. Pasó un dedo por una de ellas. “Se está coagulación. Todas se están coagulación.”

Casi gritó de frustración. “De esta forma, cualquier sangre que le introduzca será una apuesta con su vida. Quizá...¿una adivinación?” Casi rió desesperada. No tenía ninguna habilidad en adivinaciones simples como buscar agua, y en algo más complejo, que entendía tan poco, las probabilidades de éxito eran escasas. Era tan probable obtener una respuesta falsa como ninguna.

“Es poco más que lanzar una moneda, pero podría aumentar la probabilidad de acertar en unos pocos puntos porcentuales. ¿Vale la pena perder unos minutos por unos resultados tan escasos, cuando él está en un estado tan crítico? Podría morir mientras sigo dudando. Pero más allá incluso del peligro de darle el tipo incorrecto, no sé cómo detener la coagulación. Cualquier sangre reaccionará al contacto con el aire. ¿Por qué no se me ocurrió antes? El Imperio de la Sangre debe tener alguna forma de manejarlo, pero yo... no sé cómo. ¿Es posible eliminar el aire de un área por completo? O tal vez podría presionar la muñeca de alguien contra su cuello y evitar que la sangre contactara con el aire así.”

“¿Tienen heridos? Estamos listos para trasladarlos”, llamó Katerin desde afuera, con la cabeza vuelta para vigilar el peligro en la calle.

Siobhan respiró hondo, aliviada. “No soy la única que vino a ayudar.” De pie, gritó de regreso, “¿Tienen pociones curativas?”

Uno de los otros agentes de la Manada respondió en lugar de Katerin. “¡Sí! Reanimador, coagulante y limpiador de heridas. Piedra líquida si algún hueso necesita estabilización para el traslado.” Hizo una pausa, acercándose más. “También tengo un elixir de paz,” afirmó en tono más suave.

A veces, el elixir de paz se administraba a quienes estaban destinados a morir por sus heridas, para aliviar el dolor y la ansiedad al dejar el mundo mortal. Por supuesto, también era adictivo y solía ser mal usado por la sensación de total seguridad que proporcionaba.

Siobhan hizo un gesto impaciente al hombre. “¿Entonces, qué estás esperando? ¡Tráelos aquí rápido!” Se volvió hacia los demás trabajadores. “Quizá no sea necesario que donen sangre después de todo.” Intentó mantener la calma y la profunda incertidumbre en su voz.

Vertieron el limpiador de heridas y el coagular de sangre en el cuello de Jameson, aunque la herida ya no sangraba con tanta intensidad como al principio, lo cual ella sabía que era una señal preocupante. La poción ayudaba algo, pero no detenía completamente el sangrado. Asintió para

que le dieran también unas gotas del elixir de paz. La adicción era lo de menos en sus preocupaciones.

Tras un pequeño momento de duda, también le administró toda la segunda dosis de la poción revitalizadora, consciente de que era demasiado, pero algo era necesario hacer. Los efectos secundarios eran menos peligrosos que la muerte inminente. “Muy bien. Colóquenlo aquí, en el centro”, indicó, señalando la disposición del hechizo curativo que había dibujado previamente. “Tengan cuidado de no manchar la tiza. El Círculo debe permanecer intacto.”

La herida atravesaba la base del cuello de Jameson, cruzando su clavícula por un lado y terminando en la parte superior del hombro. Era tan profunda que sobrepasaba la piel, dejando a la vista hueso, tendón y músculo.

De nuevo, usando su linterna y la calidez que pasaba por el Círculo impulsada por el viento, pronunció el hechizo de sanación. Bajo su voluntad, la herida empezó a cerrarse, la parte dañada de su cuello imitando la del lado sano.

Alguien lanzó un grito ahogado.

Jameson se estremeció, alcanzándose el cuello con las manos. Apparentemente, no le habían dado suficiente elixir de paz para dominar su instinto de temer sentir su carne retorcerse por sí sola.

“¡Baja las manos!” ordenó Siobhan con autoridad, el esfuerzo de hablar mientras mantenía la concentración en el hechizo haciendo que el débil resplandor del Círculo palpitara con más intensidad, pues perdía algo del control sobre la energía.

“Está bien, Richie”, dijo Misha. “Ella te está sanando. Mantén la calma, respira despacio, pronto terminará. Estamos contigo. Estás a salvo.” La mujer continuó con un flujo constante de palabras reconfortantes, tranquilizando a Jameson, mientras Siobhan volvía toda su atención al hechizo.

Casi había terminado, con los dedos fríos de tensión recorriéndole la espalda y provocándole un ligero temblor, cuando los gritos y destellos de luz volvieron a provenir de la calle.

“Policías”, dijo Dryden, con tono tenso. “Terminad esto si podéis. Nosotros lo llevaremos al sanador para lo que falte.”

La herida no estaba completamente cerrada, pero Jameson ya no sangraba. Ella dejó caer el hechizo, cuidando de no recibir una reacción adversa por la energía que había estado canalizando. La llama de su linterna se extinguió por completo, y en el aire se formaron cristales de hielo al pasar por el Círculo que había utilizado para extraer calor, delineando visiblemente sus barreras y intensificando el frío a su alrededor.

“Será necesario cargarlo”, comentó ella. “Debemos darnos prisa. Aún tiene muy poca sangre. ¿Hay una salida trasera?”

“El tejado colapsó. La salida trasera está bloqueada”, dijo Elba, sujetando su brazo roto contra el pecho.

Siobhan levantó la cabeza por encima del improvisado muro de cajas y sacos de tierra para observar cómo se acercaban los policías.

Katerin y los refuerzos que había reunido aún estaban fuera, aunque algunos habían llevado a un hombre con una pierna herida. Ahora, se agrupaban detrás de la barrera de piedra líquida y se apoyaban contra los márgenes del callejón en ambos lados de la calle, con varitas en mano.

Dryden maldijo en silencio. "Serán arrestados."

Siobhan sintió el impulso de mantenerse erguida y firme ante el estrés, pero en lugar de eso, se agachó nuevamente tras la barrera. "Tenemos que salir de aquí cuanto antes para que ellos también puedan escapar."

Negó con la cabeza. "Los policías están bien equipados y no serán tan fáciles de manejar como los Morrows. Salir por la puerta principal solo nos llevará a que nos arresten junto a los otros."

Siobhan se agachó con las manos apoyadas en el suelo, la lámina de cristal pegada a su palma izquierda crujía bajo la presión. "Entonces, por las ventanas laterales, ¿y correr por los callejones traseros?"

En la parte delantera del edificio, los hechizos comenzaban a volar en ambas direcciones, y en los pocos segundos que habían pasado, uno de los miembros del Ciervo Verde ya había caído, alcanzado por un hechizo rojo que Siobhan pensó—esperaba—que solo fuera un aturdidor.

"Sería útil crear una distracción", dijo ella, aún mientras la idea se formaba en su mente. "Otra distracción, quiero decir. Algo que pueda desviar por completo la atención de los policías."

"Estoy abierto a ideas", respondió Dryden con sequedad, usando un pie para romper una gran caja de madera. Se volvió hacia un par de los otros y les explicó que tenía un caballo amarrado a unas pocas cuadras al norte. Si lograban alcanzarlo, llevaría a Jameson más rápido que si lo hicieran a pie. "Su nombre es Elmira. Explíquenle la situación y díganle que le pedí ayuda", indicó. "Ella hará lo que pidan si se lo piden amablemente."

Una vez más, Siobhan repasó sus opciones. '¿Qué tengo y cómo puedo usarlo para salir de aquí?' Tenía oro escondido en su ropa, pero dudaba que fuera suficiente para sobornar a todo el equipo de policías y que ignoraran algo de esta magnitud. Contaba con el equipo de respuesta de emergencia de Dryden, pero no eran rivales para los policías, y solo ofrecerían quizás uno o dos minutos más de protección, como mucho.

Poseía un par de productos alquímicos experimentales que Dryden había solicitado. '¿Quizás la pócima de oscuridad? Podría servir como escudo, mientras preparo una distracción más efectiva. O tal vez la pócima de hedor.' Ella comprendió que la barrera mágica de los Morrows probablemente no habría bloqueado las partículas físicas de la pócima de hedor, y la de oscuridad podría haber rodeado su barrera y bloqueado su vista.

'Si lo hubiera pensado antes, esto podría haber inclinado totalmente la balanza de la pelea', pensó con vergüenza.

Sin embargo, los policías tenían a su disposición un hechizo de escudo individual en sus varitas. Más útil, maniobrable y costoso que el artefacto de barrera que usaban los Morricks. Pero los hechizos de escudo individual también tenían sus desventajas, especialmente cuando la mayor parte de los policías ni siquiera tenían uno activado y se limitaban a lanzar hechizos ofensivos.

'Si fueran inteligentes, estarían moviéndose en equipos, con uno protegiendo y otro atacando', reflexionó ella.

Ella limpió los restos de sangre del borde de la lámina de cristal en los pantalones de Jameson mientras los demás trabajaban para levantarlo sobre la tabla de madera que Dryden había creado a partir de la caja rota. "Voy a liberar una pócima de oscuridad. En cuanto lo haga, empiecen a mover a Jameson. Salgan del edificio y aléjense mucho. En realidad, disperséense. Así será más difícil que puedan encontrarlos."

"¿Y tú?" preguntó Dryden, arrodillándose junto a ella.

"Una vez que la oscuridad se extienda, lanzaré su pócima de hedor de Speer hacia ellos."

Él asintió. "Debería ser suficiente para incapacitarles temporalmente, si no tienen protecciones contra ello, e incluso podría despistar a los rastreadores, si es que los traen para seguir nuestra pista."

Siobhan ni siquiera había considerado la posibilidad de ser rastreada por medio del olfato y se alegró doblemente de haber decidido experimentar con el vil filtro. "Con suerte, mi distracción dará tiempo al equipo de respuesta para escapar. Seguiré en cuanto pueda."

Dryden apretó su hombro con firmeza. "Me quedaré contigo. Puede que necesites ayuda para escapar, si te detectan. Mi varita aún tiene carga."

'Sería más inteligente que simplemente dejaras la varita conmigo', pensó, pero no discutió con él. Estaba aterrorizada. Él la había ayudado a escapar de los oficiales antes. Quizás necesitaría su ayuda nuevamente. En su lugar, asintió en silencio y sacó de su bolso el voraz filtro de oscuridad, que parecía tinta turbulenta en un frasco. "Todos, miren a su alrededor, asegúrense de estar listos para movernos y de saber a dónde ir." Siguiendo su propio consejo, sacó el filtro de odiosidad y lo sostuvo entre los dientes, observando la distancia hasta la pared del frente.

Dryden la agarró por la espalda de su capa.

Ella arrojó el vial de Sombras contra el suelo, rompiendo el cristal en mil pedazos.

Una nube negra explotó hacia afuera.

Se levantó, se desplazó lateralmente alejándose de los demás y de la barrera hecha de sacos de tierra y cajas que habían levantado, y avanzó hacia la entrada del edificio, sintiendo el leve tirón de su capa que indicaba que Dryden la seguía, igualmente a ciegas.

El filtro de oscuridad le había llevado noventa minutos crear apenas media docena de frascos, y las nubes negras impenetrables desaparecerían en solo un minuto, pero nunca podría haber lanzado esto como un hechizo activo, no con suficiente volumen para ocultar el interior del almacén y extenderse por la calle.

La oscuridad no era simplemente humo negro, que nublaba la vista y permitía que cualquier luz brillante dentro de ella se refractara en pequeñas partículas en el aire. No, este hechizo en botella consistía en una nube de verdadera oscuridad, como si cada ondulación de cumulo proyectara infinitas sombras en todas direcciones. Intentar ver dentro de sus efectos requería magia específicamente creada para contrarrestarla.

Continuó caminando hasta tocar la pared, pese al instintivo deseo de detenerse antes por miedo a encontrarse con algo. Las ventanas, ahora rotas, se extendían en una sola fila de espacio vacío a lo largo de las paredes, por lo que no tuvo que buscarlas. Solo arquó su brazo y lanzó.

No escuchó el quiebre del frasco, pero sí oyó la respuesta que provocó cuando los oficiales gritaron y comenzaron a toser y atragantarse.

“Retirarse, caballos, y escapar”, llamó Dryden.

Siobhan oyó maldiciones, y el viento llevó un breve estremecimiento de pasos a sus oídos, pero no pudo distinguir de dónde venían ni siquiera en qué dirección.

Se agachó bajando el cuerpo para avanzar hacia el lado oeste del almacén, alejándose de los oficiales, sin querer convertirse en una presa más fácil de lo estrictamente necesario. "Sería la mayor ironía que me alcanzara un hechizo errante en este momento." Arrastrándose por la ventana, evitaba con manos y piel descubierta el mayor contacto con los fresados de vidrio.

Sus ojos, muy abiertos, captaron tenue luz al llegar al límite de los efectos del filtro. Sus rodillas temblaban y se sentía ligeramente mareada. "Esto es una de las cosas más tontas que he hecho en mi vida." Un par de pasos más la sacó en buena medida de la nube alquímica. Lentamente, asomó la cabeza por el borde del edificio, mirando hacia arriba, por donde había visto por última vez a los oficiales. Tenía que asegurarse de que Katerin y los demás logran escapar sin problemas.

Parece que un par del equipo de refuerzo ya había retrocedido con sus miembros inconscientes o heridos, pero los demás permanecieron, enfrentándose a los agentes mientras retrocedían por la calle, probablemente planeando dispersarse y huir una vez que alcanzaran la esquina.

Los agentes aún estaban afectados por la poción de olor de Speer, aunque no tanto como esperaba Siobhan. Todos tosían y se ahogaban, pero solo un par estaban arrodillados, vomitando sobre los adoquines.

El resto podía seguir a los del Ramo Verde por la calle, lanzando conjuros a medida que avanzaban. "El viento probablemente se llevó una buena parte de la poción." A diferencia de la oscuridad, que era mágica y no podía dispersarse sino por contra-magia, el olor dependía en gran medida de partículas físicas para su efecto.

Rápidamente, borró los glifos en su matriz de hechizos de vidrio portátil, dejando intacto el círculo en sí, y lo levantó frente a su rostro, ambas manos juntas en posición de oración en su centro, una a cada lado del cristal. Su Conducto se clavó en su palma derecha, rallando contra el panel. “Aliento de vida, sombra mía. En la oscuridad nacimos. En la oscuridad nos alimentamos. Devora, y resurge.”

Como ocurrió en la oficina de Katerin, en esa misma noche en Gilbratha, su sombra se oscureció y se retorció, moviéndose sin respetar las leyes normales de luz y oscuridad.

Continuó inhalando profundamente a través del círculo, concentrándose con todas sus fuerzas mientras su sombra se extendía por la calle hasta que la mayor parte quedó entre el equipo de Dryden y los agentes.

Luego, se levantó del suelo y quedó de pie.

Era alta, con un manto desgarrado de oscuridad ondeando lentamente, ignorando por completo la furiosa ráfaga de los vientos de la tormenta, moviéndose con calma y líquido, como humo que sale de la mecha apretada de una vela.

Su cabeza estaba casi en su totalidad dominada por un gran pico, y sus otras características estaban ocultas en las sombras que lo formaban.

El hechizo familiar de sombra era completamente inofensivo, pero ella esperaba que no lo reconocieran como un hechizo tan esotérico en el caos de la batalla. Solo necesitaba hacerles dudar lo suficiente para que los miembros del Ramo Verde pudieran escapar.

De sus lados, se desprendieron brazos delgados y artillados, que crecieron, alcanzando una altura imponente sobre los agentes.

El equipo de respuesta reconoció la oportunidad, o quizás simplemente se asustaron por la sombra de Siobhan, y huyeron, cubriéndose tras la forma de la criatura.

Los agentes dispararon varios conjuros, pero Siobhan concentró su Voluntad, y la sombra no se dispersó ni cambió de color. En cambio, cuervos negros como la noche surgieron de sus lados al pasar los hechizos, volando hacia las sombras del callejón como si rodearan para atacar a los agentes desde atrás.

Crear múltiples sombras distintas con este hechizo era imposible. Los cuervos estaban conectados a la figura principal mediante hilos delgados de sombra, casi invisibles, que se dispersaron cuando se alejaban demasiado del cuerpo principal. Si lo hizo correctamente, parecería que se fundían en las sombras.

Los agentes gritaron, algunos disparando nuevamente a la forma ilusoria y otros lanzando hechizos de manera errática a las sombras Mundanas alrededor. Uno se retorció, tropezó con un adoquín y cayó al suelo. En lugar de levantarse, comenzó a arrastrarse, con el rostro distorsionado por el horror y las lágrimas. Otros dos huyeron corriendo, todavía disparando inútilmente hacia las sombras de los callejones y portales que atravesaban.

Siobhan solo pudo mantenerse unos segundos más antes de perder el control del hechizo. Tropezó, cayendo parcialmente en la calle, y su sombra volvió a insertarse bajo su cuerpo.

Dryden maldijo mientras alcanzaba con la mano y rodeaba uno de sus brazos alrededor de sus hombros. La apartó de la calle, pero no antes de que uno de los policías la vislumbrara y gritara: « ¡Hechicera! »

El policía lanzó un hechizo hacia el callejón, y apenas la rozó, estrellándose contra el suelo tras ellos.

Recuperando el equilibrio, Siobhan se volvió para correr más adentro del callejón.

Algo se movió en el suelo a su lado, pero cuando se volvió para mirar, ya era demasiado tarde. Había tentáculos creciendo desde la piedra donde impactó el hechizo, que se extendieron y la atraparon.

Su impulso detenido la liberó del agarre de Dryden, arrojándola de cara al suelo. Instintivamente, se sostuvo con las manos, pero había olvidado la lámina de vidrio aún pegada a su palma izquierda. Se rompió contra los adoquines, y afilados fragmentos cortaron su carne.

Dryden tropezó, se volteó y volvió a alcanzarla, sujetándola por los brazos y tirando de ella.

Su espalda crujió en un estallido rítmico al liberarse las burbujas entre sus vértebras, y tuvo la sensación de que sus tobillos podrían quebrarse, pero logró deslizarse fuera del acecho de los tentáculos y, sin problemas, se levantó de nuevo. Sosteniendo su palma cortada contra el pecho y su Conducto en el otro puño, siguió a Dryden mientras huían hacia la oscuridad de la noche.